

## EL PRÍNCIPE NICOLÁS Y EL DRAGÓN

En las oscuras tierras de las brujas y los ogros vivía Ludovico, el dragón más terrible de todos. Sus poderes mágicos le permitían moverse tan rápido como el viento y transformarse en un tornado feroz. Por su enorme boca, lanzaba llamaradas de fuego y brillantes rayos de tormenta.

Todos los habitantes de los pueblos cercanos temían a Ludovico. Apenas escuchaban su nombre, corrían despavoridos a esconderse bajo tierra. ¡Cómo se divertía ese dragón! Lo que más le gustaba era luchar y encerrar en su castillo a los caballeros después de vencerlos.

Un día, llegó un caballero a desafiar al dragón. Ludovico se transformó en un tornado, envolvió al caballero y le hizo dar vueltas y vueltas en el aire. Luego, arrojó al mareado caballero dentro de una jaula. Ahí quedó el pobre hombre, dolorido, encerrado y chamuscado, mientras el dragón reía a carcajadas con las patas para arriba.

Días después, Ludovico le lanzó rayos a otro valiente caballero. Los rayos calentaron la armadura del caballero y lo quemaron. Ludovico le pegó una patada y lo envió volando a otra de las celdas de su castillo.

El dragón movía las alas con fuerza mientras festejaba sus victorias. Sobrevolaba los bosques para atacar a cuanto caballero se acercaba. ¡Cómo se divertía! Durante un tiempo, ningún caballero se atrevió a enfrentarlo. Al no tener con quien pelear, Ludovico empezó a aburrirse. ■

Una mañana bien temprano, Ludovico vio a un caballero muy joven, casi un niño, que cabalgaba por el bosque cercano a su casa. Era Nicolás, el hijo menor del rey, un joven muy valiente e ingenioso. El príncipe Nicolás quería rescatar a los caballeros que el dragón había capturado.

De pronto, Nicolás sintió el calor de una enorme llamarada. Era Ludovico que se acercó rápidamente para atacarlo. El príncipe pensó rápido y le dijo al dragón:

— Te perdono por lo que has hecho dragón. Yo soy el dueño de la espada Nogard. Si saco mi espada, volará directamente a tu cuello y te cortará la cabeza. Nogard es una espada mágica, la única capaz de matar dragones — mintió Nicolás.



Ludovico se asustó y se quedó mirando a Nicolás. El joven clavó sus grandes ojos negros en el dragón mientras elaboraba un plan. Recordó que en la montaña había una cueva con arenas movedizas.

—Quiero que luchemos sin trucos— dijo Nicolás. —Te espero en la cueva de la montaña que tiene paredes con imanes. Allí, mi espada se clava en la pared y pierde todo su poder. ■

Ludovico partió volando rápido como el viento a pelear con Nicolás en la cueva. Mientras, el príncipe aprovechó para entrar al castillo y liberar a los caballeros. El joven príncipe sonreía recordando su ingeniosa mentira.

Cuando Ludovico llegó a la montaña, se metió en la cueva. ¡Pero qué sorpresa tan espantosa! Sus patas se pegaban al piso como si fueran chicles y todo su cuerpo se iba hundiendo cada vez más. Ludovico quedó atrapado en las arenas movedizas. Pasaban los días y Ludovico siguió hundido en la arena, aburrido y muy enojado. Se moría de la rabia pensando que el joven, con su ingenio, había logrado vencerlo.

Y Nicolás, el príncipe ingenioso, volvió feliz a su reino con los caballeros que había rescatado. Todas las noches miraba hacia la montaña y veía chispas saliendo desde la cueva. ■

